

Wolfenzon, Carolyn. *Nuevos fantasmas recorren México*. Iberoamericana, 2020. 338 pp. ISBN: 978-84-9192-164-6.

*Nuevos fantasmas recorren México* aporta un necesario panorama crítico sobre la narrativa mexicana de principios del siglo XXI. Su autora se sirve de lo fantasmal como eje temático que aglutina diversas narraciones clave dentro de estas dos décadas. El libro de Wolfenzon se posiciona como pionero en su esfuerzo por historiar la literatura de un período extremadamente convulso. México ha vivido fenómenos como la desestabilización económica y social del TLCAN, el fin de la hegemonía priísta, el afianzamiento de las políticas securitarias desde el otro lado de la frontera norte, la militarización de la llamada guerra contra el narco y el desastre humanitario alrededor de la migración indocumentada centroamericana. Los discursos culturales no pueden ser impermeables a las sacudidas históricas de su momento y en su dimensión de historia literaria el libro de Wolfenzon da buena cuenta de ello. Sus interpretaciones sobre el trabajo de diversos novelistas clave (Nettel, Luiselli, Mendoza, Herrera, Herbert, Sada, Boullosa) merecen referencia en cualquier curso temático, seminario graduado o trabajo de investigación futuro sobre la narrativa en este período.

Resulta menos claro por qué el fantasma es el eje del libro, que parte de un reconocimiento de su importancia temática en obras canónicas como *Pedro Páramo*, *Aura*, así como el volumen de cuentos *La noche* de Francisco Tarío. A la autora le interesa “el concepto del retorno de lo fantasmagórico que se produce aun cuando no lo buscamos ni lo esperamos” que se manifiesta a través de “personas reales, a quienes el sistema trata como si fueran una aparición: un vacío, una corporeidad hueca, como si fueran nada” (25). Pero se echa de menos en el capítulo primero una mayor implicación a nivel teórico, como se pone de manifiesto, por ejemplo, en la decisión de usar “espectro y fantasma como equivalentes, tomando en cuenta la definición de Derrida” (24) cuando *Spectres de Marx* de hecho se demora bastante en distinguir ambos fenómenos. El equívoco es comprensible atendiendo a lo abstruso de la fuente teórica central de los llamados “estudios espectrales”. Aún así, se echa de menos un mayor diálogo con el resto de la crítica espectral, que en la sección teórica no pasa de algunas citas de rigor a trabajos de Gordon, Punter, Keller, o Ribas y Petersen. Las fuentes primarias que trata la autora podrían contemplarse desde múltiples ángulos: trauma, desaparición, memoria, invisibilidad, violencia, lo apocalíptico, etc. Cuando afirma que “en realidad, el elemento fantasmático no solo está en los fenómenos mismos, sino en la mirada interpretativa (. . .) que encuentro útil para detectar y describir y analizar unos ciertos desajustes con la realidad que se hallan representados en una variedad de novelas” (27), está adoptando en su lenguaje crítico al fantasma como vehículo de una metáfora con diferentes sentidos en cada obra, pero no llega a interrogarlo como concepto.

La mayor preocupación de *Nuevos fantasmas* es el establecimiento de un panorama literario de principios de siglo y su lugar dentro de una tradición literaria que se remonta a la *Comedia* de Dante. Tal vez eso explique omisiones notables como la novela corta *Indio borrado* de Luis Felipe Lomelí, donde el fantasma tiene un papel

central y convergen numerosos temas que trata Wolfenzon, pero sí tiene una conexión menos clara con la tradición con que este libro trata de entroncar: Dante, Bernal Díaz, Rulfo, así como otros invisibles o excluidos del canon como los informantes de Sahagún, Gilberto Owen o la ecuatoriana Dolores Ventimilla, víctima de una atroz persecución social que se prolongó con saña más allá de su suicidio. Aquí se produce una tensión interesante: a la vez que *Nuevos fantasmas* traza con precisión las deudas temáticas y formales de la narrativa más reciente con los gigantes del canon—como se detalla en el extenso capítulo dedicado a *Porque parece mentira . . .* de Sada y *Cóbraselo caro* de Mendoza— el libro elabora también las formas en que la conciencia literaria del presente está asediada por ocultamientos y apropiaciones que tuvieron poco que ver con el mérito estético y mucho con la exclusión y el prejuicio—como hace en los capítulos dedicados a *Los ingrátidos* de Luiselli y *El complot de los románticos* de Boullosa. En lo tocante a lo fantasmal como aquello que subyace a una oclusión o silenciamiento deliberados, Wolfenzon realiza un trabajo excepcional en su estudio de *Canción de tumba* y *La casa del dolor ajeno* de Herbert, enfatizando el papel que la arquitectura institucional y los monumentos tienen en el olvido programado de las realidades incómodas que sustentan los discursos de la historia oficial y que cada cierto tiempo resurgen de forma traumática, como es el caso de las desapariciones forzadas del México contemporáneo. Estas conexiones históricas se manifiestan también en su análisis de *Las tierras arrasadas* de Monge y *Señales . . .* de Herrera, análisis que conecta al migrante como figura fantasmática que circula por los espacios transformados por el régimen neoliberal, con los antiguos indígenas como objetos de uso en el espacio transformado por la conquista española. Trazar estos arcos diacrónicos es claramente de gran importancia para Wolfenzon, aunque su libro no omite otras dimensiones más personales o contemporáneas de lo fantasmal, como el trauma, o los conflictos interiores de la dimensión más “patente” y pública de la personalidad con otra más “latente” u oculta”, conflictos que a su vez reflejan la tensión social entre un México “moderno” y un México “atávico” (40), tema que se remonta a las inquisiciones sobre la mexicanidad por Paz o Fuentes.

En suma, el logro principal de *Nuevos fantasmas* radica en su dimensión más interpretativa. Historiar la literatura reciente constituye un desafío porque tiene algo de ensayo en el sentido literal del término. Aunque “fantasma” como clave teórica no se interroga ni se aplica con consistencia, *Nuevos fantasmas* sí constituye un lúcido análisis de la narrativa mexicana más reciente y sus conexiones con el contexto social, el canon literario y un amplio arco histórico. No debería faltar en cualquier bibliografía de crítica e interpretación de la narrativa mexicana del siglo XXI y sus capítulos interpretativos son lectura indispensable para estudios más enfocados en los respectivos autores.

ALBERTO RIBAS-CASASAYAS

Santa Clara University